

NERÓN

ANTHONY EVERITT
y RODDY ASHWORTH

NERÓN

Matricidio, música y asesinato
en la Roma imperial

Traducción de Tomás Fernández Aúz



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Nero: Matricide, Music and Murder in Imperial Rome*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de cubierta: Busto de Nerón, de Giovanni Battista Bonanone
y Nicola Bonanone.
Hacia 1565, mármol, 97 x 74 cm. Museo Nacional del Prado, Madrid.

Primera edición: abril de 2024

© 2022 by Anthony Everitt and Roddy Ashworth + all rights reserved + This edition
published by arrangement with Random House, an imprint and division of Penguin
Random House LLC.

© de la traducción: Tomás Fernández Auz, 2024

© de la presente edición: Edhasa, 2024

Diputación, 262, 2^ª1^a

08007 Barcelonas

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2763-2

Impreso en Huertas Industrias Gráficas

Depósito legal: B 6458-2024

Impreso en España

A Luke Butler

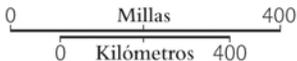
Índice

Mapas	10
Árbol genealógico de la familia Julio–Claudia	14
Prefacio	17
1. El nuevo orden.	21
2. Una familia en guerra	39
3. Un emperador insospechado	67
4. Un caballero joven y esperanzado	99
5. Un buen plato de setas	135
6. La mejor de las madres	159
7. «Un amor loco»	207
8. ¡Al fin libre!	237
9. El punto de inflexión.	259
10. La reina ha muerto	293
11. ¡Fuego...! ¡Fuego...!	377
12. Una caterva de conspiradores	411
13. La cuestión armenia	465
14. «Soñé que Grecia aún podría ser libre»	495
15. La caída	519
16. Cabos sueltos.	547
Agradecimientos	561
Cronología	563
Glosario	573
Una nota sobre las fuentes	577
Bibliografía	585
Notas	593
Créditos de las ilustraciones.	649
Índice analítico	651



EL IMPERIO ROMANO EN TIEMPOS DE NERÓN

----- Límites provinciales





BRITANNIA ROMANA

- ⊙ Colonias o municipios
- ▣ Capitales tribales
- Otras poblaciones
- ⚡ Fortalezas
- ⋯ Limites tribales

ICENOS — Nombre tribal
 Eboracum — Nombre romano
 (York) — Nombre moderno

— Via Watling (Iter II e Iter III)

0 MILLAS 100

0 KILÓMETROS 100

Scetis
(isla de Skye)

CALEDONIA
(ESCOCIA)

CONFEDERACIÓN
CALEDONIANA

Estrecho de Moyle

DAMNONIOS
NOVANTOS
SELGOVAS
VOTADINIOS

Lugvalium
(Carlisle)

LOPOCARES
TEXTOVERDI

Mar del Norte

Mar de Irlanda

Monapia
(isla de Man)

Isurium Brigantum
(Aldborough)

PARISI

Eboracum
(York)

HIBERNIA
(IRLANDA)

Mona
(Anglesey)

ORDOVICOS

DECEANGLOS
CORNOVIOS

BRIGANTES

CORITANOS

Lincoln
(Lindum)

Canal de San Jorge

GANGANOS

DEVA
(Chester)

DEVENTIO
(Little Chester)

Venta Icenorum
(Caistor Saint Edmund)

ICENOS

Viroconium
Cornoivorum
(Wroxeter)

Manduessedum
(Mancetter)

Ratae
Corieltauvorum
(Leicester)

Durovigilum
(Godmanchester)

DEMETOS

DOBUNIOS

GLIUVUM
(Gloucester)

VERULAMIUM
(Saint Albans)

TRINOBANTES

Corinium Dobunorum
(Cirencester)

SILUROS

CATUVELAUNOS

Camulodunum
(Colchester)

Isca
Venta Silurum
(Bath)

ATREBATES

Verulamium
(Saint Albans)

Durovernum

Lindinis
(Lichester)

BELGAS

Calleva Atrebatum
(Silchester)

Rutupiae
(Richborough)

Durnovaria
(Dorchester)

DUROTRIGES

Venta Belgarum
(Winchester)

Dubris
(Dover)

Dumnoniorum
(Exeter)

REGNENSES

Noviomagus
Regnensium

Lemanus
(Lympe)

Vectis
(isla de Wight)

Gesoriacum
(Boulogne)

Canal de la Mancha

FRANCIA

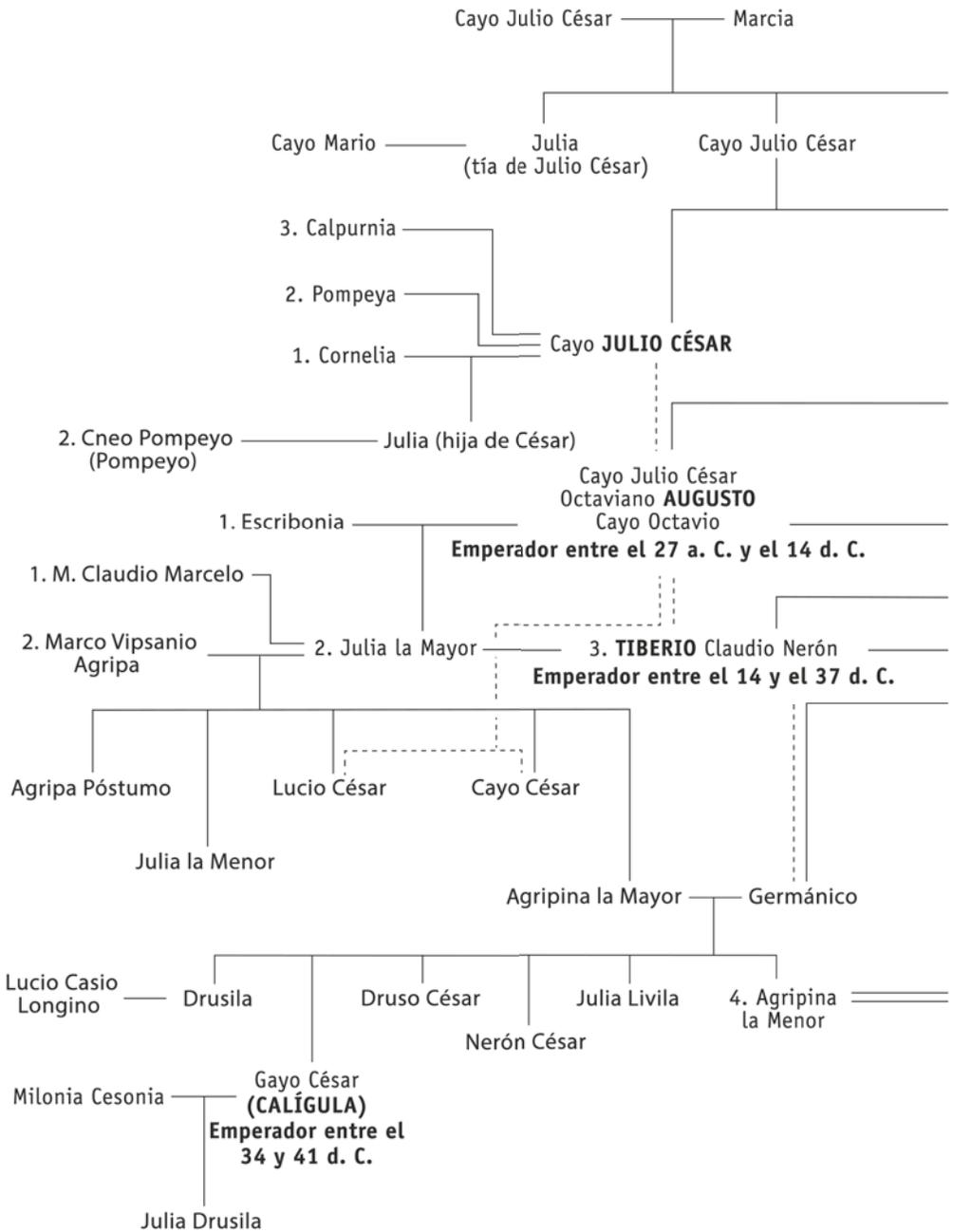
OCÉANO ATLÁNTICO

GRAN BRETAÑA EN NUESTROS DÍAS

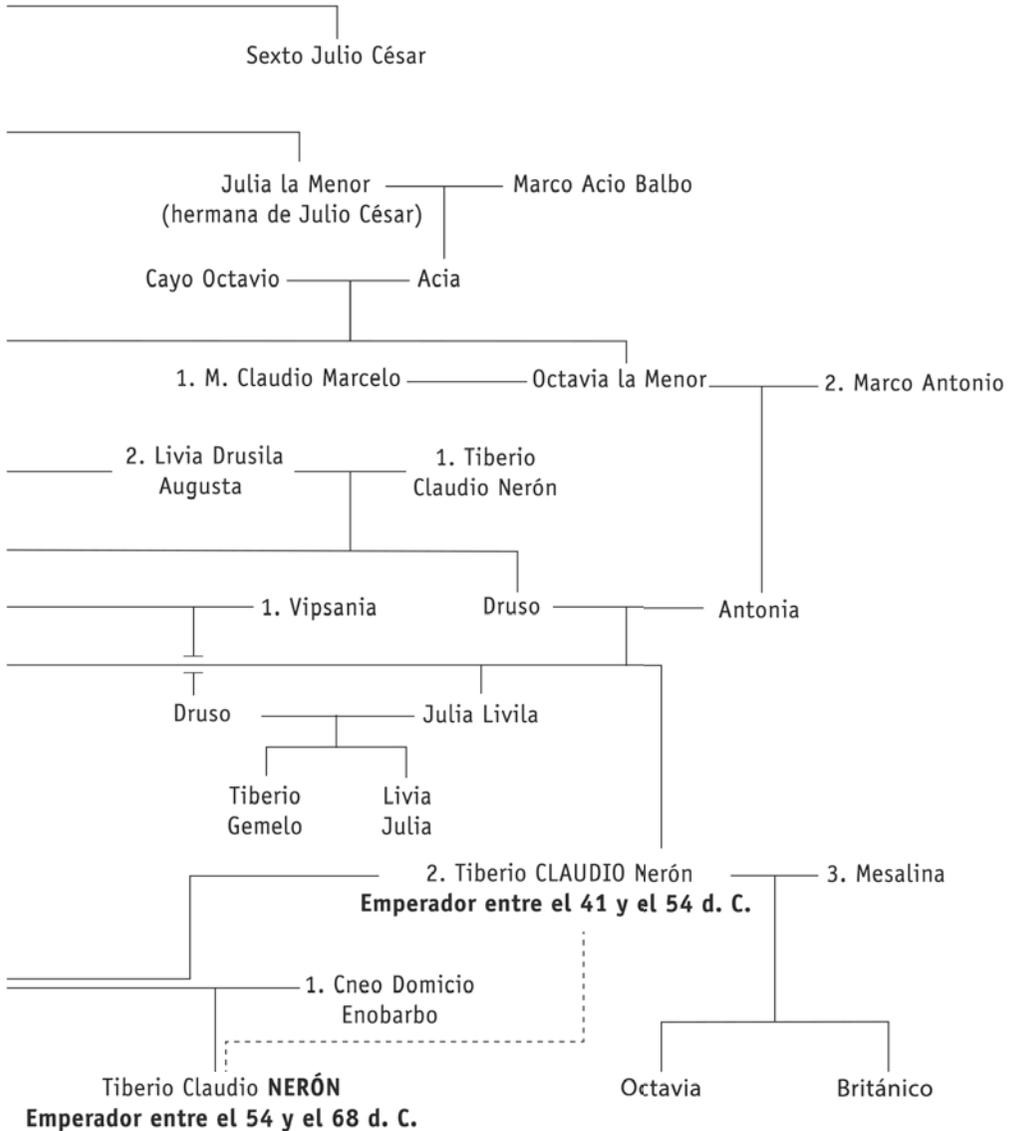
Chester — Nombre moderno
(Deva) — Nombre romano

0 MILLAS 100
0 KILÓMETROS 100





ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA DINASTÍA JULIO-CLAUDIA (ABREVIADO)



Matrimonio — Hijo / Hija: | Hijo adoptivo: ⋮
CLAVE Número de matrimonio 1., 2., etc.
 (Nota: cuento únicamente las uniones que se abordan en el texto)

Prefacio

«La gente adoraba a Nerón. Les inspiraba a un tiempo afecto y respeto [...]. No es difícil discernir la razón de esta emoción popular: Nerón oprimió siempre a los grandes, y nunca agravó la carga del común».¹

Napoleón Bonaparte

Cuando Nerón pereció,²
víctima del más justo de los destinos,
a manos del destructor de destructores,
hubo, en la rugiente Roma liberada,
entre las naciones libres de un mundo exultante,
manos invisibles dispuestas a derramar flores sobre su tumba.
Debilidad tal vez de un corazón no vacío
capaz de recordar con afecto alguna bondad hecha
en un instante en que el poder
alcanzó a dejar al desdichado una hora incorrupta.

Lord Byron

Todo el mundo ha oído hablar del emperador romano Nerón.

Es la viva imagen del mal gobernante, un tipo cruel, vanidoso e incompetente. De incontenible voracidad sexual, rompió los más sagrados tabúes. Tuvo relaciones incestuosas con su madre y la asesinó.

Incendió Roma, la capital de su imperio, y a continuación, mientras contemplaba las llamas desde un punto de inmejorable perspectiva, hizo sonar la lira y entonó un aria para cantar los atropellos del saqueo de Troya. Mandó desescombrar las abrasadas ruinas del centro de la ciudad y erigir en su lugar un palacio inmenso: la Casa de Oro. Echó la culpa del siniestro a la nueva secta religiosa que empezaba a hacerse notar por esos años: la de los cristianos, a los que en algunos casos convertiría en antorchas humanas para iluminar las carreras del circo.

Nerón creía ser un músico magnífico y un formidable cantante, pero lo cierto es que carecía totalmente de talento: fue algo así como la Florence Foster Jenkins de su época.

Éstos son algunos de los hitos de la existencia de Nerón que han superado los siglos. Pero persiste un misterio: mucho tiempo después de que fuera depuesto y se suicidara, unas manos anónimas seguían poniendo flores en su tumba. En la mitad oriental del Imperio romano, surgieron además varios hombres que aseguraban ser Nerón y que provocaban problemas a las autoridades. Una difundida creencia sostenía que el difunto emperador terminaría regresando junto a su pueblo para procurarle paz y armonía. *Rex quondam, rexque futurus*:³ rey una vez, rey por siempre.

Había quien amaba al monstruo.

★ ★ ★

La presente biografía se propone bucear en la contradicción. Nerón hizo cosas terribles, pero el Imperio llevó buen rumbo bajo su gobierno. Logró un triunfo diplomático al poner fin a una guerra fría intermitente y supo fraguar un entendimiento duradero con la superpotencia rival de Roma: el Imperio parto, cuyos inmensos confines se abrían más allá del Éufrates. Gestionó correctamente la inesperada insurrección que estalló en la joven provincia de Britania. Y, pese a no ser hombre ducho en los detalles administrativos, acertó a mantener vivo el espectáculo im-

perial. Éstos son los méritos que figuran en su haber. Sin embargo, el abrupto y sangriento desplome de sus relaciones con la clase dominante asociaron su nombre con el despotismo de manera indeleble.

La verdad es que tenía bastantes buenas dotes para la canción y la música. El secreto de la personalidad de Nerón reside en su entregado compromiso con el arte. No se trataba de ningún diletante, sino que se tomaba la filarmonía y el teatro con absoluta seriedad. El público lo idolatraba. Fue el prototipo de las actuales estrellas del pop.

Como emperador, puso la cultura en el corazón mismo de la actividad política. Los más destacados aspectos de esta estrategia centrada en torno al espectáculo fueron, entre otros, los festivales artísticos, el deporte de las carreras de carros —de increíble popularidad—, y, aunque en menor medida, los combates de gladiadores. Estas actividades permitían al emperador transmitir mensajes políticos a sus súbditos y valerse de esas efemérides para añadir realce a los acontecimientos importantes. Hay pruebas del afecto que le inspiraba la gente corriente. Y, según parece, Nerón también promovió la fusión de la cultura griega con la romana.

Pero no podemos referir las circunstancias de Nerón sin traer a colación el mundo en el que le tocó vivir. Sin entender su época, no hay forma de comprender su trayectoria. Por eso, examinaré brevemente el sistema imperial creado por su tatarabuelo Augusto, la personalidad de su inmediato predecesor en la púrpura, su tío abuelo Claudio, y sobre todo la carrera de su competente madre, Agripina, que intentó modelarlo a la manera del escultor que talla un bloque de mármol. Esta mujer merece un libro entero,⁴ y a su persona dedico desde luego los primeros capítulos de la presente obra.

Si Nerón accedió al trono imperial fue precisamente a instancias de Agripina, pues lo cierto es que él no deseaba el puesto. De haber podido elegir, habría preferido mil veces dedicarse a la

poesía o a la profesión de músico. Sin embargo, el empeño de su madre lo condenó al ejercicio del poder.

Y así echó a perder su vida. Lo que hoy recordamos es un doble fracaso, pues no supo descollar ni como déspota ni como animador. De haber nacido en nuestra época, es posible que se las hubiera apañado para salir adelante como músico de rock; sería un mediocre, pero habría sido feliz.

Las fuentes antiguas tratan estruendosamente los exóticos pormenores de la vida sexual de los emperadores, y los estudiosos modernos tienden a rebajar el tono y a considerar que sus narraciones no merecen crédito o son cuando menos exageradas. En realidad, lo más probable es que casi todo sea cierto. Salvo por unas cuantas excepciones horrendas (de las que es ejemplo pertinente la castración del efebo favorito de Nerón, Esporo), las excéntricas de los antiguos romanos no difieren demasiado de las variadas costumbres y prácticas sexuales de nuestros días. Lo que los victorianos juzgaban producto de una mente sobreexcitada y sucia, o lo que Edward Gibbon (quizá con cierta renuencia) prefería «dejar en la decente oscuridad del lenguaje erudito»⁵ es hoy asunto de general conocimiento.

En este libro he incluido todos los pasajes licenciosos.

Wivenhoe, Inglaterra

Capítulo 1

El nuevo orden

El joven había cumplido ya los diecisiete.¹ Su rostro presentaba el atractivo temporal característico de todo adolescente, pero un observador atento habría sabido detectar los alevosos rasgos del hombre en que habría de convertirse. Estamos ante un joven de mediana estatura, cabellos rubios y ojos azules, y afectado por una ligera miopía. Su cuello era excesivamente grueso, y tenía el cuerpo —al parecer maloliente— cubierto de pecas. Las piernas, sumamente delgadas, contrastaban con el abultado vientre.

Así era Nerón² o, para mencionar la totalidad de sus nombres y títulos, Nerón Claudio César Augusto Germánico. Corre el otoño del 54 d. C. y acaba de convertirse en emperador de Roma. Rodeado de los más altos cargos políticos del Imperio, todos ellos envueltos en sombrías togas de duelo, el muchachito preside de los ritos funerarios de su predecesor y padre adoptivo, Tiberio Claudio César Augusto Germánico, a quien conocemos con el más sucinto nombre de Claudio.

La ceremonia tiene lugar en el Campus Martius, o Campo de Marte,³ una pradera de unas doscientas hectáreas abierta al norte de las murallas de la ciudad de Roma. Era el pulmón de la primera megalópolis del mundo, poblada por un millón de habitantes, según las estimaciones. La zona era en realidad un parque, tachonado de templos y otros edificios públicos, al que las gentes de todas las clases sociales acudían para refugiarse del bullicio, los tumultos y los malos olores de la urbe, libres al fin de entregarse

a alguna actividad de ocio. Los más acaudalados se dedicaban a las carreras de carros o a ejercitar sus caballos, mientras que los de medios más modestos se entretenían con diferentes juegos de pelota, haciendo rodar un aro, o practicando la lucha.

En caso de necesidad, la vasta superficie de terreno se prestaba espléndidamente bien a la realización de maniobras militares, como indica el nombre de la misma, puesto en honor a Marte, el dios de la guerra.

Una parte del terreno era pantanosa y se producían frecuentes inundaciones. La marisma central había sido acondicionada y convertida en un laguito. Por el lado de poniente, discurría el río Tíber camino de su desembocadura, y a levante y al sureste, las colinas enmarcaban el panorama. Una comentarista de la época señala que esos lejanos promontorios y relieves «muestran una vista propia de un decorado teatral».⁴ De hecho, la impresión general que tenía el espectador era la de hallarse ante un inmenso escenario cuya magnífica panorámica podía divisarse desde la ventajosa posición del Capitolio, la ciudadela de Roma.



En la fecha que nos ocupa, el ánimo que flota en la atmósfera es el de la melancolía, ya que se trata de una jornada consagrada a las solemnidades de estado. Una larga procesión serpentea lentamente por la ciudad, al acompasado ritmo de una marcha fúnebre. El difunto emperador ha permanecido de cuerpo presente por espacio de cinco días, y ahora es transportado sobre una litera de marfil, festoneada de flores y decorada con detalles de oro y telas de color púrpura. Sus restos mortales yacen en un ataúd sobre el que campea una efigie en cera de Claudio a tamaño natural. Un grupo de senadores sostiene otra estatua suya, en este caso de oro, y una tercera lo representa a bordo de un carro.

Tras la litera caminan sus parientes, encabezados por Nerón. Todos portan un velo que les cubre la cabeza. Las mujeres de la

familia expresan, o fingen, un incontrolable pesar y gimen a voz en cuello, desgarrándose las vestiduras y derramando un torrente de lágrimas. En llamativo contraste, una partida de cómicos contratados especialmente para la ocasión prodiga bufonadas a su alrededor. Y, fieles a la inveterada tradición de ver la porción de farsa inherente a toda tragedia, uno de ellos caricaturiza despiadadamente al emperador finado.

Tras esta parte del cortejo avanza lo que podríamos denominar una comitiva de muertos redivivos. A lo largo de las generaciones, los más destacados clanes aristocráticos han venido encargando la confección de una serie de máscaras mortuorias —llamadas *imagines* y hechas de cera— de sus miembros más distinguidos. Las llevan en los funerales unos hombres elegidos por tener una estatura y complexión física similar a la de los representados. Progresan en carros y van precedidos por una cohorte de funcionarios que enarbolan el emblema de los cargos públicos que desempeñaron en vida.

La dilata hilera de dolientes se detiene en el Foro, la plaza principal de la ciudad, y Nerón, como heredero y pariente directo, pronuncia un elogio fúnebre.

Los «antepasados» de Claudio se acomodan en una fila de asientos de marfil y escuchan al jovencísimo emperador, que hila un pulcro discurso de alabanza en el que resalta los logros de su padre adoptivo. Impresionado, un historiador griego se pregunta quién podría permanecer insensible al espectáculo de todas esas personalidades pretéritas: «¿A quién no espolearía ver este conjunto de imágenes de hombres glorificados por su valor,⁵ que parecen vivas y animadas?», exclama.

Terminado el encomio, la procesión abandona la ciudad y penetra en la verde pradera. Se inmoviliza junto a un crematorio a cielo abierto, el *ustrinum*, cuya utilización está reservada para los integrantes de la familia imperial. Una frondosa pantalla de álamos negros plantados entre una valla circular de hierro y un muro interior de mármol blanco proporciona fresca sombra al recinto

en el que la pira —un bien dispuesto montón de troncos ordenados en forma de altar y cubiertos de hojas oscuras— aguarda a Claudio. El cadáver y la litera se colocan en lo alto de la pira, y Nerón acerca una antorcha al elaborado andamiaje. Los asistentes arrojan perfumes a las llamas, junto con las copas de aceite, las chucherías, la ropa usada y los platos de comida que más agradaban al difunto. Tampoco olvidan confiar al fuego otros objetos de valor sentimental.

Una vez consumida la hoguera, se empapan las brasas con vino. Se recogen los huesos, que pasan a una urna y se llevan al lugar en el que habrán de recibir sepultura: el monumental mausoleo de Augusto, fundador de la dinastía gobernante.

Erigido cerca de setenta y cinco años antes en las inmediaciones del río Tíber, el magno panteón se alzaba a poca distancia del *ustrinum*. Con cuarenta y cinco metros de altura y noventa de diámetro, el sepulcro era uno de los mayores del mundo antiguo. Un túmulo de tierra cubierto de perennes enebros achaparrados se erguía, solemne, sobre un alto cilindro formado por sólidos anillos concéntricos de argamasa recubierta de mármol. Preside la cúspide una estatua de Augusto asomada a la ciudad, que, tendida a sus pies, le reconoce una vez más el dominio absoluto que un día tuvo.

Un túnel une la entrada a un corredor interno, que circunvala una amplia sala en cuyas paredes se abren, numerosas, las hornacinas que contienen las cenizas de los emperadores fallecidos, encerradas en urnas de oro. En el centro del mausoleo se ha reservado una última cámara para el propio Augusto. Los años han pasado, y ahora tiene un sinfín de descendientes. No quedan ya muchos nichos libres, pero se hace un hueco al nuevo inquilino. Nerón observa a los insignes hombres de negocios que depositan, descalzos y ataviados con túnicas sin ceñidor en señal de luto, los restos de Claudio en la concavidad que le ha sido asignada.

Comienza oficialmente el reinado de Nerón.



Sería fácil perdonar al estadista adolescente si se muestra de pronto nervioso y poco preparado para la inmensa tarea que le aguarda. No tiene experiencia política ni sabe de gobernación. No obstante, en el mausoleo encuentra a su disposición un inestimable instrumento didáctico. Fija la vista, justo al otro lado de la entrada, en dos columnas provistas de sendas placas de bronce en las que Augusto ha grabado sus memorias, altivamente expuestas a la mirada pública. Múltiples copias se han distribuido a profusión por todo el Imperio romano, que se extiende desde Hispania en Occidente hasta el Éufrates en Oriente.

Dichas memorias (tituladas *Res Gestae*, «Cosas logradas» en latín)⁶ son extremadamente concisas, y un ejemplo de la más refinada propaganda. Por fuerza debieron de figurar en los planes docentes de Nerón. Las leyes de Augusto siguen rigiendo los destinos del Imperio, y su lejano sucesor deberá conocerlas al dedillo si quiere que su reinado sea exitoso.

Las *Res Gestae* no son una mera autobiografía interesada, ya que establecen las prioridades que habrán de ponderar los emperadores futuros y proponen como solución una atrayente gavilla de medidas políticas. Haría bien Nerón en prestarles atención, y su carrera parece indicar que, en efecto, eso fue exactamente lo que hizo. Admiraba a su tatarabuelo y se sentía especialmente unido a él.

Son pocas las cosas del documento que resultan inciertas a todas luces, dado que los eruditos de la época habrían denunciado la superchería, pero hay no obstante varias omisiones y elisiones espinosas. El autor oculta tanto como revela. Así ocurre por ejemplo cuando escribe:

A los diecinueve años de edad⁷ [en el 44 a. C.] alcé, por decisión personal y a mis expensas, un ejército que me permitió devolver la libertad a la República, oprimida por el do-

minio de una bandería. [...]. Proscribí a los asesinos de mi Padre, vindicando su crimen a través de un juicio legal [...]. Hice a menudo la guerra, por tierra y por mar. Guerras civiles y contra extranjeros, por todo el universo. Y, tras la victoria, concedí el perdón a cuantos ciudadanos solicitaron gracia. [...]. Italia entera me juró, por propia iniciativa, lealtad personal y me reclamó como caudillo para la guerra que victoriosamente concluí en Accio.

En estas pocas frases de engañosa sencillez, Augusto resume la brutal contienda fratricida que estalló tras el asesinato de su padre adoptivo, Cayo Julio César, en los Idus de marzo del 44 a. C. Resulta notable que descollara antes de cumplir los veinte, y no es insensato pensar que esta circunstancia acrecentara la confianza en sí mismo de su jovencísimo continuador, dado que venía a demostrar que, para los romanos, la mocedad no era obstáculo para el ejercicio del poder supremo.

Al exponer las victorias obtenidas en sus luchas contra otros romanos, Augusto tiene la delicadeza de no mencionar sus nombres e insiste en resaltar su propensión a la clemencia. Le impulsa a actuar así la clara conciencia de que, instaurada la paz, va a necesitar el respaldo decidido de la clase política —o de lo que quedaba de ella, después de tan numerosos años de sangría—, si deseaba alcanzar el éxito en la gobernación de su inmensa y dilatada herencia. Además, la violenta muerte de Julio César lo había escarmentado, y estaba resuelto a esquivar la daga de los asesinos. La seguridad era el premio que traía el perdón de sus enemigos.

Los dioses recompensaron esta vocación reconciliadora concediéndole una larga vida, una lección que Nerón abrazaría sinceramente y que estaba llamada a constituir el fundamento de sus primeros años de reinado. Eran muchas las cosas del estilo de gobierno de su predecesor que la prudencia debía de instarle a imitar: una combinación de espíritu innovador y apego a las convenciones aderezado con un ánimo abierto no ajeno a un suave despotismo.



En el 31 a. C., Augusto (o Cayo Julio César Octaviano, como todavía se le conocía por entonces) derrotó a su rival, Marco Antonio, y a su amante y camarada política, Cleopatra VII Filopátor, reina de Egipto, en una batalla naval librada frente al promontorio de Accio, en la costa noroccidental de Grecia.

Se convertía así en el último hombre vivo tras las guerras civiles y en el único lo suficientemente poderoso para actuar, de haberlo deseado, como un perfecto tirano. Sin embargo, antes de lanzarse a una carrera dictatorial, prefirió idear un nuevo acuerdo constitucional y alimentar la esperanza de que su amplia aceptación le permitiera gobernar de forma consensuada.

Roma llevaba casi cinco siglos funcionando como república. Su organización se regía por normas muy complejas. Los varones adultos provistos de la condición de ciudadanos votaban a un conjunto de candidatos propuestos para ejercer las funciones públicas por períodos de un año. Éstos procedían casi invariablemente de un puñado de familias nobles enzarzadas en una furibunda competencia mutua. La autoridad ejecutiva se hallaba en manos de dos cónsules que operaban a la manera de jefes de estado y de gobierno. Al expirar su mandato solían partir al extranjero para gobernar una provincia (igual que los miembros de un segundo escalafón de funcionarios: los pretores). Cada uno de los cónsules tenía autoridad para vetar las decisiones del otro, y diez tribunos de la plebe podían frenar las de cualquier funcionario público, e incluso las del Senado (órgano similar a un vasto comité formado por todos los altos cargos vivos, retirados o en ejercicio).

Esta chapucera constitución, que daba carta blanca a los políticos corruptos y pendencieros, era totalmente inadecuada para la correcta gestión de una compleja nación imperial. En el siglo I a. C., una larga serie de generales investidos de un enorme poder había intimidado al Senado y puesto de rodillas al estado. El último había sido Julio César, que llegó a derrotar a los ejér-

bitos de la república en diversas batallas y forzó así el enfrentamiento entre romanos. La victoria acabó costándole la vida, ya que cayó bajo las dagas de un puñado de senadores amargados en plena sesión oficial de la institución. Su autoridad y sus legiones pasaron a manos de su hijo adoptivo y heredero, Cayo Octavio (a quien más tarde se daría el nombre de Augusto, como hemos visto, transformándose en el primer emperador de Roma). Octavio logró poner fin a las luchas fratricidas.

Pese a que fuera la causa última de las guerras civiles, esa constitución llenaba a los romanos de un inexplicable orgullo, razón por la que Augusto, obedientemente, volvió a promulgarla. En el año 27 anunció que devolvía todos sus poderes, así como la gobernación de las provincias, al Senado y al pueblo romano. Así lo explica en sus memorias:

Durante mis consulados sexto y séptimo [28 y 27 a. C.], tras haber extinguido la guerra civil⁸ haciendo uso de los poderes absolutos que el general consenso me había confiado, decidí que el gobierno de la República pasara de mi arbitrio al del Senado y el pueblo romano. Por tan meritoria acción, recibí el nombre de Augusto, mediante senadoconsulto [es decir, por decreto]. Las columnas de mi casa fueron ornadas oficialmente con laureles; se colocó sobre su puerta una corona cívica [una guirnalda de hojas de roble que se concedía a quien salvara la vida de los ciudadanos en una batalla]; y en la Curia Julia [la sede del Senado] se depositó un escudo de oro, con una inscripción recordatoria [...]. Desde entonces, fui superior a todos en autoridad, pero no tuve más poderes que cualquier otro de los que fueron mis colegas en las distintas magistraturas.

No es exactamente lo que parece. A primera vista, tiene uno la impresión de que se restauró efectivamente el funcionamiento del complejo sistema que he esbozado más arriba, pero, en la

práctica, era Augusto quien seguía al mando. Y, si continuaba al timón, era precisamente por haberse reservado el dominio de una inmensa provincia que abarcaba la Galia (*grosso modo*, la actual Francia) y Siria (que gobernaría por medio de delegados). También conservó para sí, a título de feudo privado, la totalidad de Egipto. No es casual que esas zonas fueran justamente aquellas en que se hallaba acantonado el grueso del ejército regular romano. Y, dado que Augusto controlaba a las legiones, la evidente derivada es que también le pertenecían las riendas de Roma. El aparato de la república enmascaraba una autocracia militar.

Augusto tenía muy presente lo sucedido en los Idus de marzo, y por ello estableció legalmente que su persona era inviolable. Esto no le ofrecía una garantía inquebrantable, pero conseguía al menos que un asesino que actuara movido por el respeto a la ley, como un senador, por ejemplo, tuviera que pensárselo dos veces antes de cruzar la línea roja. Octavio también obtuvo los variados y muy útiles privilegios de un tribuno de la plebe (en particular, el derecho de parar las medidas que pudiera adoptar cualquier otro funcionario).

Para consolidar todavía más la firmeza de sus prerrogativas, Augusto fundó la Guardia Pretoriana: cinco cohortes integradas en conjunto por unos cuatro mil quinientos hombres. Estas tropas de élite estaban destinadas a misiones de seguridad interior, a mantener la ley y el orden en la península itálica (a cuyo territorio tenían prohibido acceder las legiones ordinarias) y a proteger al emperador en Roma, donde se hallaba su cuartel general.

Pese a hallarnos ante una serie de poderes insólitos y hasta excepcionales, lo esencial es que eran perfectamente legales y coherentes con las convenciones al uso. Nadie podía oponerles la más ligera objeción, y desde luego a nadie se le ocurrió hacerlo. Los políticos romanos sabían apreciar un buen truco de prestidigitación. En cualquier caso, lo más relevante era que habían recuperado la dignidad y sus encumbrados puestos electivos. Tras muchos años de conflicto, la mayor parte de la gente estaba de-

seando hacer concesiones en nombre de la paz, así que los funcionarios aceptaron trabajar con Augusto y ayudarle a gobernar el Imperio. Él mismo se mostró siempre escrupulosamente correcto con los cónsules, los pretores y el resto del personal administrativo, poniendo además buen cuidado en consultar al Senado al encarar las dificultades del día a día. De hecho, Augusto insistirá en utilizar cotidianamente el modesto título de «primer ciudadano», o *princeps*.

★ ★ ★

Augusto estaba persuadido de que la gobernación no se agotaba en la actividad política propiamente dicha, lo que significa que el gobernante avisado debe prestar atención a los factores subjetivos. Ésta sería una verdad que Nerón, interesado como estaba en el arte y la cultura, es decir, en la vida de la imaginación, entendería perfectamente.

En su condición de capital del mundo conocido, Roma era una urbe tan bulliciosa como indócil. La gran mayoría de sus habitantes eran pobres, y muchos carecían de un empleo estable o tenían que contentarse con trabajos a tiempo parcial. Prácticamente todos se alojaban en míseras casuchas. Eran los integrantes de la *plebs*, es decir, del pueblo llano, pero Augusto comprendió enseguida que un buen programa de espectáculos podía pacificarlos, e incluso satisfacerlos. En sus memorias lo vemos jactarse de las diversiones, basadas en la pugna, y muchas veces en la crueldad, que él mismo o sus partidarios insistieron en financiar y ofrecer al pueblo:

Ofrecí combates de gladiadores tres veces en mi propio nombre⁹ y cinco en el de mis hijos o nietos. En estos combates, lucharon unos diez mil hombres. Ofrecí al pueblo un espectáculo de atletas, traídos de todas partes, dos veces en mi nombre y una tercera en el de mi nieto. Celebré juegos, en mi